

AÑO XXII.—NÚM. 6327

14 DE JULIO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 14 de Julio de 1882.

## ECOS DE MADRID.

—o—

13 de Julio de 1882

¿Qué aguacero el del sábado!

—¿Pero qué es esto, no hay este  
verano?—Ojalá fuera cierto: me ahorra  
unos miles de reales.

—Aun en Madrid, ¿marques?

—¿Quién se pone en camino con  
este tiempo...?Ya tenía hecho los mundos, pero  
en ropa de verano... No es cosa de  
ir á San S. bastian y tener que man-  
dar encender la chimenea!—En vez de salir a buscar los ba-  
ños, son ellos los que vienen á bus-  
carnos.—Para qué ir á tomar aguas? Con  
la que ha caído hoy tenemos bas-  
tante, y se ahorra uno el viaje, la  
forada y las propinas.

—Estamos en plena liquidación!

—Los madrileños no se contentan

ya con que les anticipen los usure-  
ros sus haberes y rentas; también

parece que han querido anticiparse

al Otoño.

—¿Y hace un frío espantoso!

—Ahorro en helados!

—Con el ch. parron y la gente que

ocurre el baño vá á quedarse Ma-  
drid limpio de polvo y paja.

Las anteriores frases y otras no

menos pintorescas, inspiró á los ale-  
gres vecinos de Madrid el terrible

aguacero con que nos obsequiarop

las nubes.

Hemos podido hacernos la ilusión

de que respiráramos las frescas bri-  
zas del Océano.

Pero después... después ha vuelto

el calor, se ha ido la Corte, se han

cerrado las Cámaras, se han dise-

minado los ministros, y ahora si que

podemos decir:

—¡Estamos frescos!

Falta hacia el regalo de las nu-

bras. El fuego ardía en las venas... Qué

de horrores!

Una tabernera de la calle de Bo-

nethilo, se encontró frente á frente

de un par de mozos cruos.

Los dos comenzaron á insultarla.

¿Creen los lectores que se amila-

rán? Por supuesto! ¿Qué hace? Coge

un garrote y palo á este, y palo á

aquel, rompió á uno de ellos la ca-

beza.

Poco ántes tenía lugar una escena

sangrienta en un ventorro de las

afueras de Madrid.

Allí vivían un hombre y una mu-

jer, según unos esposos, según otros,

amantes. Los dos reñían á menudo y

el día de la catastrophe, llegó él algo

debido.

Las versiones más autorizadas re-  
fieren que á poco de estar juntos rean-  
daron la interrumpida y cotidiana  
plea.El hombre cogió una vara y com-  
enzó á pegar á la muger: ésta se  
apoderó de un cuchillo y se lo clavó  
al hombre en el vientre, dejándolo  
cadáver.—¿Que es lo que he hecho, Dios  
mío? cuentan que decía entre sollo-  
zos cuando se presentó la guardia  
civil en el teatro del crimen.—¡Una hombrada! pudieron con-  
testarle.Por desgracia la muger se hom-  
brea mas y mas cada día.Una joven decentemente vestida,  
de veinticuatro á veinticinco años,  
y por añadidura muy bella, llegó al  
pretil del campo del Moro y se arro-  
jó, quedando muerta.Al pronto no pudo ser identifica-  
da su persona. Después se ha con-  
tado una historia vulgar, pero siem-  
pre muy triste. Aquella mañana se  
había celebrado una boda y había  
muerto una dulce y legítima espe-  
ranza.Por la tarde salieron los recién  
casados en el expés del Norte; y ca-  
si al mismo tiempo se arrojaba á los  
brazos de la muerte la pobre joven  
abandonada.Oh! pero la escena terrible, es la  
que acaeció en la calle de Malasa-  
ña.Las heroínas eran dos traperas.  
No las he visto, pero me las figu-  
ro. Viejas ya, mal vestidas, enjutas,  
musculosas, bandadas á fuerza de  
copas de aguardiente, harapientas,  
desgrenadas, conaturalizadas ya  
con la basura y tan sucias de cuer-  
po como de alma.Esas pobres mugeres que viven  
de arrastrarse por el suelo, que es-  
tan en contacto con todas las in-  
mundicias del vecindario, aunque  
parecen humildes, son la soberbia  
encarnada en la misericordia.¿No han de creerse superiores si  
solo ven el mundo por lo que tiene  
de más abyecto?Apenas adquiere una traperera la  
parroquia, como ellas dicen de una  
calle, ya se cree dueña de ella. Todo  
lo que arrojan las casis es suyo; el  
trozo de papel, el mendrugo de pan,  
el hueso pelado, el enredijo de ca-  
bellos, el retazo de tela... todo le per-  
tence. Reina y señora de aquellos  
restos de la vida humana, no puede  
tolerar que alguna otra traspase las  
fronteras de su territorio. Ni el tigre  
mira como ella á las intrusas, defien-  
de sus dominios como el chacal su  
madriguera. Ay! de la que se atreve  
á suplantarle Celos, envidia, codicia  
crueldad, todas estas pasiones esta-  
llan en su pecho avivadas por el mico-  
hol que circula en sus venas; y en-tonces sucede...! que sucedió la otra  
mañana.Dos traperas se disputaban el im-  
perio de la citada calle; hacia ya días  
que se miraban con malos ojos, que  
se insultaban... la lucha era inimi-  
cante.Las dos teniendo por padrinos en  
el provisto duelo á las espaldas  
—cuando á los ganchos, se aga-  
raron á brazo partido, por intuición  
se lanzaron á los respectivos moños  
una de ellas se quedó en la mano  
con el de su compañera, que era pos-  
tizo—oh! refinamiento de la coquete-  
ría!—y al sentir el dolor que le pro-  
ducía su rival arrancándole el suyo  
que era natural cogió con los dien-  
tes uno de los carillos de la otra y  
la sacó un pedazo.Cuando las separaron la vencedo-  
ra en la mano el moño de mentiriji-  
llas, y entre sus dientes de hiena, el  
pómulo de su enemiga. Una fué á la  
cárcel, la otra á la casa de Socorro.—Era de esperar decía uno de los  
que presenciaron el combate; no en  
valde se llama esta, calle de Mala-  
ña.La celebridad persigue al perro  
Paco hasta después de diezado. Dos  
personas se disputan su posesión: el  
que albergó en su casa durante la  
enfermedad y una señora que costó  
los gastos, de su cura dicen los pe-  
siódicos, pero yo creo que es más  
exacto decir, de su muerte. ¡Y habrá  
pléit!Veán ustedes las ventajas de la  
nueva contribución sobre los canes.  
Si hubiera estado en práctica, habria  
un documentito en toda regla que  
acreditase la propiedad. Po que aho-  
ra, gracias á la influencia que ha  
o ejercido el pobre Paco, los perros se  
han elevado á la categoría de perso-  
nas y tienen su registro civil.Compra uno un perro: tienen que  
darle su contrato y su medalla, es  
decir la del can. Se muere el animal  
to certificación del veterinario al can-  
to. Todo esto representa dinero y  
sellos de recibos.Ah! cuantas perradas van á hacer  
con los perros sus amos cuando em-  
piece á cobrarse la tal contribución.Los fi les animaditos los colmarán  
de caricias; pero ellos, nada...—No le conozco, nada tengo que  
ver con él diran al cobrador.¡Cuántos desengaños van á sufrir!  
Algunos hasta se morirán de pena.Pero otros en cambio... me temo  
que algunas pantorrillas ingratis cor-  
ren peligro.

JULIO NOMBELA.

## ALEJANDRÍA.

—o—

Alejandría, «ciudad de Alejandro  
Magno», fundada en el año 331 an-  
tes de Jesucristo, estuvo situada en  
la llanura que separaba el lago Me-cotis del mar Mediterráneo y delan-  
te de ella en la extremidad Noroeste  
de la isla de «Pharos» unida á tierra  
firme por el céebre muelle «Heptas-  
tadium» (donde se levanta hoy la  
ciudad moderna), aparecía la eleva-  
da torre, «faro», que se iluminaba  
durante la noche con luz clarísima,  
para servir de guía á los navegan-  
tes.Su construcción se hizo con arre-  
glo á planos del arquitecto Dinócra-  
tes, y ocupaba una superficie de tres  
miriámetros cuadrados; tenía dos  
grandes puertos formados por el  
«Hept stadium», sin contar el del  
Nilo, llamado «Kibotor», y otros dos  
más pequeños. En el barrio «Bru-  
chium», que era el aristocrático, se al-  
zaba el palacio de los Ptolomeos, el  
Museo, la grandiosa Biblioteca, el  
sépulcro de Alejandro, los mausoleos  
de varios reyes, el teatro y otros mo-  
numentales edificios.En el barrio «Emporium», que era  
el centro del comercio con el Asia,  
estaban los inmensos arsenales en  
cuyas gradas se construían aquellas  
veleras naves que más de una vez de-  
rrotaron á las armadas de Grecia y  
Roma. Más allá, en las cercanías de  
la ciudad se veían el histórico «Se-  
rapeum», último baluarte y refugio  
de la teogonía politeísta del paganis-  
mo, y la «Necrópolis», cuyas ruinas  
existen todavía. También había allí  
profundas cisternas abiertas en ro-  
ca viva á una profundidad de 83 me-  
tros, de las cuales por medios me-  
cánicos, hoy ignorados, se elevaba  
el agua potable para el consumo dia-  
rio de la población.Muerto Alejandro Magno, los Pto-  
lomeos la declararon capital de  
Egipto con 300.000 habitantes li-  
bres y doble número de esclavos, y  
pudo rivalizar con Antioquia y Ro-  
ma. El año 29 de la era cristiana  
cayó en poder de Octavio el vence-  
dor de Cleopatra. Más tarde se su-  
blevó contra la dominación de Cara-  
calla, que hizo allí matanza horri-  
ble, y de Diocleciano, cuyos solda-  
dos devastaron y saquearon el «Bra-  
chium», incendiando sus preciosos  
monumentos.El año 389 fué consagrado el «Se-  
rapeum» en iglesia cristiana dedica-  
da á S. Arcadio.Los árabes á las órdenes de Am-  
r caudillo del califa Omar, entra-  
ron en Alejandría el año 641. Qui-  
sieron quemar la magnífica biblio-  
teca de esta ciudad y Amron se opu-  
so á oponer la opinion de Omar.Cualquiera de estos, respondió: «Si espe-  
ran conformes con el Koran  
destruirlas, si no lo están, son per-  
niciosas y debéis destruirlas.» Así se  
perdió la riquísima biblioteca.Las de Oriente promovie-  
ron el comercio y aumen-  
taron su prosperidad pero los ma-  
melucos y los osmanlis destruyeron